

PARIENTES DE SANTA TERESA

EN AMERICA

Poco más de veinte años habían pasado del tiempo en que Colón hizo su último viaje cuando nació Santa Teresa de Jesús en Avila de los Caballeros. La doncella oía hablar de las portentosas hazañas de sus compatriotas Francisco Pizarro y Hernán Cortés, y soñaba con el prestigio, en parte fabuloso, de «aquellas tierras vírgenes que parecían como por encanto ir saliendo de las ondas del mar, con sus enormes cordilleras y caudalosos ríos, con sus veneros de oro y plata, sus plantas y animales desconocidos, sus numerosas tribus indígenas.»

En 1530 se hablaba mucho en Europa, y muy especialmente en España, de las conquistas que aventureros atrevidos llevaban a cabo allende los mares para aumentar los dominios de Carlos V. La juventud española cansada ya de guerrear contra los moros, quiso buscar horizontes más amplios para sus proezas y creyó que América realizaba todos sus ideales y todas sus ambiciones.

Cuando la expedición de Pizarro para conquistar el Perú, figuraban en ella algunos hermanos de Santa Teresa. Lorenzo y Jerónimo atravesaron el istmo de Panamá, y naufragaron en Buenaventura corriendo gran peligro sus vidas; siguieron a pie toda la costa hacia el sur hasta llegar a Quito. Hernando de Cepeda o de Ahumada, el mayor de los hijos de don Alonso Sánchez de Cepeda (1), se halló en Cajamarca en la captura y

(1) Don Alonso Sánchez de Cepeda fue casado dos veces: la primera con doña Catalina del Peso y Enao, en quien tuvo tres hijos, y la segunda con doña Beatriz Dávila de Ahumada. En esos tiempos los hijos tomaban indistintamente el nombre del padre o de la madre y aun a veces el de los abuelos.

muerte de Atahualpa y era alférez real del virrey Blasco Núñez Vela en la batalla de Iñaquito (1).

«Era un lunes, 18 de enero de 1546. El virrey colocó a su tropa en las pendientes de la loma que, bajando del Pichincha como contrafuerte, limita la ciudad por el norte, extendiéndose a sus pies la planicie denominada Iñaquito. Dividióla en tres cuerpos reducidos, uno de infantes alabarderos en el centro, con los arcabuceros por delante, y en las alas dos pequeños escuadrones de caballería, entre cuyos jinetes estaban indudablemente los Cepedas y Ahumadas; él mismo se puso a la derecha, con trece caballeros escogidos, en frente del estandarte real que llevaba el alférez Hernando de Ahumada. Pizarro, que traía casi el número doble de soldados que el virrey, los desplegó en orden igual y paralelo, a pocas cuerdas de distancia. Trabóse la lucha encarnizada por ambas partes; los unos claman: ¡Libertad! Los otros, ¡Lealtad! Entre los del virrey hace prodigios de valor Sancho Sánchez de Avila y cae acribillado por cien enemigos que le rodean; el mismo Belalcázar rueda, herido bajo los pies de los caballos, e idéntica suerte les cabe a los jóvenes Cepedas y a su hermano Agustín, mientras Antonio de Ahumada recibe un tiro mortal de arcabuz, y Hernando, abierto el vientre por un horrible lanzazo, abate exánime el estandarte y huye en medio de la derrota.»

Como se ve, mala suerte tuvieron en este combate los hermanos de la santa. Asesinado el virrey, los Cepedas o Ahumadas se dispersaron. Antonio quedó muerto en el campo de batalla y Lorenzo y Jerónimo acompañaron a Belalcázar a su gobierno de Popayán. Rodrigo se fue a la conquista del Plata y murió ahogado en ese río después de haber sido de los fundadores de Buenos Aires. Pedro intentó colonizar a Boriquén (Puer-

(1) Un hermano del virrey, don Francisco, fue padrino de bautismo de la Santa.

to Rico) y la Florida y habiendo fracasado regresó a Pasto en donde se casó (1). De su empresa dice el ingenuo beneficiado de Tunja, Juan de Castellanos:

«Porque días después del alboroto
Del trance que dijimos riguroso,
A la misma conquista vino Soto,
Capitán del Perú muy valeroso;
Pero de aquella suerte fue remoto
En ésta donde vino poderoso,
Por hallar gente pobre no tan blanda,
Y así murió también en la demanda.
Luégo tentó pedir esta jornada,
Conclusos estos trances que resumo,
Un caballero Pedro de Ahumada;
Mas ahumada fue que no dio humo:
Pues no quiso hacer la tal entrada,
Pareciéndole ser de poco zumo;
Y después muchas naos pasajeras
Se perdieron entre estas gentes fieras.»

Agustín escribía en 1582 al virrey don Martín Enríquez avisándole de una expedición que proyectaba a «cierta provincia la más rica de gente y oro que se ha visto, que según lo que della cuentan y señas que dan, se cree sin duda de ser *El Dorado*, en demanda de quien tanto y tantas veces se han perdido mil capitanes y gentes.» No tuvo este mejor fortuna que Pedro en sus proyectos y murió en Lima en 1591.

El año de 1550 Hernando guerreaba en Antioquia a donde había sido enviado por Belalcázar. La Audiencia de Santafé despachaba por ese mismo tiempo al

(1) La *Crónica de los Descalzos* al hablar de los hermanos de Santa Teresa, dice: «El quinto, que fue Pedro de Ahumada, siguiendo las conquistas de Indias, donde fue valeroso soldado, casó en Pasto y volviendo a España a pedir mercedes se lo llevó Dios al cielo en Avila su patria» (tomo I, pág. 13).

capitán Francisco Núñez Pedroso para que intentara la conquista de esos territorios. Hubo altercado entre los dos conquistadores, quedó vencido Núñez, y Cepeda tuvo que desistir de su empresa obligado por las tribus aguerridas que combatía. Castellanos narra así estos hechos en sus *Elegías*:

«Corriendo pues del parto de la virgen
Años cincuenta sobre tres quinientos,
Un diestro capitán, Francisco Núñez
Pedroso, de quien ya tractamos antes,
Fue por estos oidores proveido
A la jornada dentro los dos ríos,
A cuyos senos voy encaminando.
Este salió con gente valerosa,
Soldados escogidos y cursados
En las penalidades de conquistas,
Do la seguridad más evidente
Amenaza con muerte trabajosa:
Ochenta fueron estos compañeros,
De caballos y armas pertrechados,
Y en número pasaban de quinientos
Los indios que llevaban de servicio.
Entró con este buen aviamiento
A donde lo llevaban sus intentos,
Siendo con estos mismos ya salidos
De la ciudad de Arma, subyacente
A la de Popayán, con más posible
El capitán Hernando de Cepeda
A fin de subyectar aquellos indios
A la ciudad de Santafé nombrada
Que de la de Antioquia tiene nombre,
De quien hemos tractado largamente
En el discurso de Pedro de Heredia.
Estos dos capitanes que decimos,
Aunque entraron por vías diferentes
(Sin saber uno de otro), se juntaron

Y tuvieron pesadas diferencias,
 En las cuales Pedroso, descompuesto,
 Al reino se volvió do residía,
 Quedando Cepeda más pujante,
 El cual con aquel bárbaro gentío
 Tuvo batallas y recuentos varios
 Que contrastaban siempre sus intentos;
 Y así potencia bárbara le hizo
 Dejar de proseguir esta demanda,
 Con pérdida de muchos españoles » (1).

Después de esta desventura Hernando siguió combatiendo contra los indígenas en el Nuevo Reino de Granada. Algún tiempo después avencindóse en Pasto en donde tenía su encomienda. Queriendo solicitar mercedes del rey Felipe II regresó a España y allí contrajo matrimonio con la muy noble y muy honesta dama doña Leonor de Jerez (2).

El otro hermano de Santa Teresa, Lorenzo, casó en Lima el 18 de mayo de 1556 con doña Juana de Fuentes y Espinosa. Entre sus hijos figura Lorenzo de Cepeda y Fuentes, quien casó en Quito en 1581 con doña María de Hinojosa, de la isla de Santo Domingo, hija del oidor don Pedro de Hinojosa y de doña Ana de Estebes y Santiesteban. Hija de Cepeda y Fuentes fue doña Juana de Cepeda e Hinojosa, esposa del licenciado don Alvaro de Zambrano, del Consejo de su Majestad y visitador general de la real Audiencia de Santafé de Bogotá. Este matrimonio salió de Quito para Santafé el 6 de enero de 1610, habiendo antes firmado doña Juana una obligación a favor de su cuñado don

(1) *Varones ilustres de Indias*, por Juan de Castellanos. Parte III, historia de Antioquia, canto 1.

(2) *La primera carmelita americana*, por el doctor Manuel María Pólit.—*Historia general del Ecuador*, por Federico González Suárez.

Marcos de la Plaza por \$ 1820 que él le prestaba para las necesidades del viaje.

Muchas son y muy interesantes las cartas que escribió la ilustre fundadora a sus hermanos residentes en América. Ella, que en otros tiempos deleitó su espíritu leyendo libros de caballerías, adivinaba todos los sufrimientos que esas tierras misteriosas ofrecían a los de su sangre y oraba para apaciguar los crueles padeceres de los indios.

«A los cuatro años, me parece era algo más— escribe la Santa,—acertó a venirme a ver un fraile franciscano llamado Fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos de el bién de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias, poco había; comencóme a contar de los muchos millares de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática, animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tántas almas, que no cabía en mí; fuime a una ermita con hartas lágrimas, y clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algún alma para su servicio, pues tántas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más.»

Los hermanos de Santa Teresa llegaron a América, según las informaciones de sus méritos y servicios, «en traje y estofa de caballeros, hijosdalgos, bien aderezados de armas y caballos.»

LUIS AUGUSTO CUERVO

